

Las horas de clase se le hicieron pesadísimas. Sin moverse del asiento, sin hablar una palabra con nadie, ya no le gustaba mirar para los mapas. No se atrevía a levantar la vista del suelo o del libro que sostenía en sus manos, único amigo que en la escuela tenía.

El tiempo pasaba lentamente, parecía una eternidad. Nadie le hacía caso. Por fin, el maestro se acercó a él nuevamente y le hizo leer unos renglones de su libro. Al ver que leía perfectamente, le mandó abandonar el banco y lo colocó en una mesa que estaba vacía, la última de la escuela, una de aquellas mesitas bipersonales que él ambicionaba tanto.

Le gustó aquel sitio, al fondo de la escuela, donde lo ponían. Así estaría un poco escondido, olvidado de los demás, pues estaba a la espalda de todos. Ya le había pasado el escozor de los pescozones, allí, él solo, alejado del maestro que tomaba la lección a los chicos mayores, empezó a sentirse a gusto nuevamente.

Como nadie miraba para él, se atrevía a acariciar el tablero inclinado de la mesa, tan liso, con las palmas de las manos. El asiento, de respaldo curvado, era comodísimo, y Luisito se echaba hacia atrás para probarlo. Puso su cartera en el lugar destinado para ello, y después su curiosidad le hizo destapar los tinteros empotrados en la madera. Aquellas tapaderas giratorias, de láminas metálicas, le interesaban mucho y no se cansaba de darles vueltas.

No se dió cuenta de cómo pudo suceder aquello, pues él no hizo fuerza ninguna. Saltó la tapadera del tintero, cayendo en el suelo con un ruido metálico que se oyó en toda la escuela. Volvieron la cabeza todos los alumnos, y reinaron en la clase unos segundos de silencio. Luisito, fuertemente colorado bajo la lluvia de miradas irónicas, con todo aquel horrible peso de un silencio que sentía gravitar encima de él, no sabía qué hacer.

Y el maestro, mirándolo desde lejos, le lanzó estas palabras burlonas:

—Caramba, caramba, parece que ya vas saliendo del cascarón.

La clase explotó, reventó en una carcajada general. Luisito enrojeció hasta la punta de los cabellos. Los niños reían a mandíbula batiente; el maestro, satisfecho de su gracia, también reía su propio chiste.

No lloró Luisito. Allí se quedó con su escarnio a cuestas, con su alma infantil destrozada. Aquello le había dolido más, mucho más que los pescozones.

Pronto salieron de clase, y sus condiscípulos, al marcharse, le decían riéndose, señalándolo con el dedo:

—Saliste del cascarón. ¡Cascarón! ¡Cascarón!

Ya tenía un apodo.

Con honda tristeza, con el ánimo entenebrecido por aquel primer choque con el mundo en su primer día de escuela, regresó Luisito a su casa. Buscó a su madre y le dijo:

—Mamá: no quiero volver a la escuela. Yo quiero volver con doña Paquita.

PAGINAS ANTOLOGICAS

NOCTURNO

Tras las vidrieras cerradas,
los tambores de una tos.

—Abuelita, no hace frío;
déjame abrir el balcón,
quiero ver la blanca luna
que rueda por el alcor,
quiero ver cómo se engancha
en los chopos; y el temblor
de sus hojas plateadas;
quiero oír del ruiñeñor
los trinos en la arboleda;
de aquel regato, el rumor;
de la vieja encina rota
que ilumina el resplandor
de la noche; el oscilar
de su copa; y la voz
de los cucos y las ranas
que croan en derredor
del estanque...

—Abre, niña...

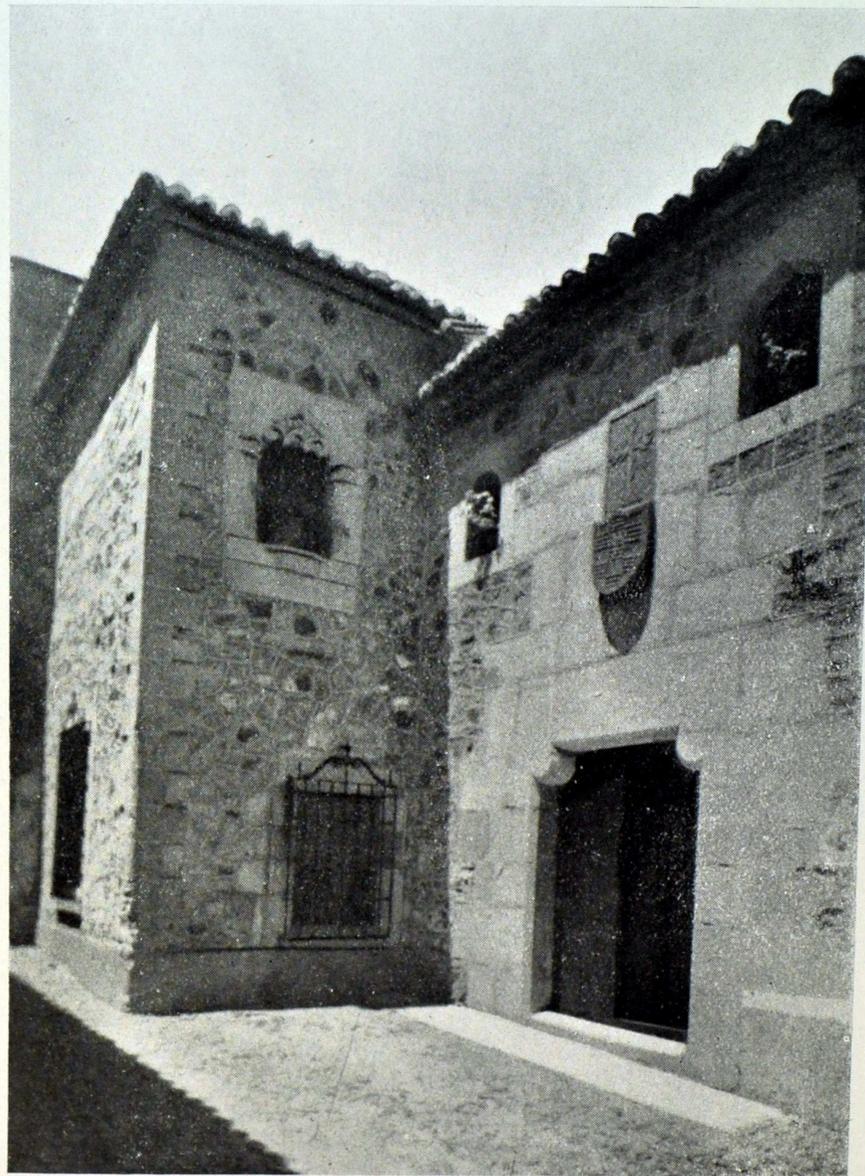
que yo también esta noche
quiero asomarme al balcón.
—Abuelita, ¡ay!, ¿a qué huele?
¿Estará el romero en flor,
o será la yerba buena

y la uña del león
que crece junto a la fuente?...
¿No lo sientes...? Seré yo
la que me engaño...; pero,
escucha... ¡chist!, no
hagas ruido, ¿oyes?
¡Qué hermosa voz de tenor!
qué bien canta, qué hermosura!...
Acaso sea un pastor
o quizá algún caballero,
¿verdad, abuela? ¡Por qué no!
Está tan bella la noche,
tiene la luna un blancor,
huelen tan suaves las flores;
se siente en el corazón
una dicha tan pacífica...
y... hasta como una emoción
que pone llanto en los ojos
y en el pecho una oración...
¿Qué sientes frío, abuelita,
que entre, que cierre el balcón?
¡Qué lástima dejar fuera
esta noche de ilusión!

—
Tras las vidrieras cerradas,
los tambores de una tos.

Lucio SANTAMARIA

✍



ALBUM EXTREMEÑO: Casa del Peregrino. Cáceres. (Foto Javier)